con que cuentan y vuelven al trabajo sin conseguir lo que pedían. Han fracasado, y en realidad de verdad, el sindicalismo pierde terreno, pues que su única finalidad es luchar y vencer. Un grupo de anarquistas se proponen cualquier idea, luchan y no la consiguen; fracasan ellos, dejan hasta de ser anarquistas durante la lucha, pero la idea, Anarquía, no ha fracasado, porque no es su única finalidad la que aquellos individuos se proponían.

Si el sindicalismo no hubiera fracasado, hubiera evitado la guerra europea. El anarquismo no podía evitarla. Nada importa que haya sindicalistas enemigos de la guerra y haya también *anarquistas* amigos de ella ante estas realidades.

El sindicalismo, como todas las teorías que sólo son un medio, en el momento que no actúan en este medio, fracasan. Urge constatarlo.

Analicemos ahora los demás puntos a discutir.

Teorías de sindicalismo. Todo lo que sea revolucionar las masas, capacitarlas para la lucha, hacerles que actúen y que aprendan a triunfar siempre, con la organización libre, espontánea, sin trabas, sin mandatos, sin obligación ni sanción de nadie.

¿Se mantienen éstas teorías? Prácticas de sindicalismo. Luchar con la acción directa siempre, sin mediadores, sin arreglos de ninguna especie, altivamente, de enemigo a enemigo; ganar un medio de vida más desahogado económicamente y no perder nunca de vista el porvenir.

¿Se llevan a efecto estas prácticas? Negre hace alusión a una huelga reciente. En verdad esta huelga se ha desarrollado con arreglo a las prácticas del sindicalismo revolucionario, pero es preciso hacer constar que ha sido en contra de la voluntad de la mayoría de los individuos que integran dicho sindicato. Además, algunos días después de terminar esta huelga, en un artículo de *Solidaridad* se dijo, no se por quien, que aquella huelga se había podico hacer así porque era un gremio pequeño, pero que las grandes organizaciones no podrían obrar en la misma forma...

Yo creo que por el hecho de ser grandes podían obrar de aquella forma con la seguridad de más grandes resultados.

Principios de sindicalismo: Revolucionarios siempre ante todos los conflictos.

¿Se mantienen estos principios?

Finalidades del sindicalismo: Aliviar la situación de los explotados, recurriendo para ello a todas las luchas; hacer que llegue con la propaganda activa, un porvenir mejor; actuar porque triunfe la anarquía y desaparecer.

¿Cumple ampliamente sus finalidades?

Cuando el sindicalismo mantenga vivas estas finalidades, prácticas, teorías y principios, me apresuraré a rectificar mis opiniones, pero en tanto no lo haga así dudaré de su vitalidad, de su fuerza, de todo aquello que debe integrarlo.

Como ácrata y como amante del sindicalismo verdaderamente revolucionario escribo. Mi mayor deseo es que se luche, que se haga obra práctica, y entonces, seguramente estaremos de acuerdo, pues si yo amo la verdad y Negre también, la verdad, sin duda, ha de unirnos para luchar y propagar con vistas al futuro.

Que todos lo comprendan así deseo.

FABIO DEL PINO

Razones y Palos

En plena «normalidad»

Al solo anuncio de que los representantes obreros de las distintas regiones de España iban a reunirse en Madrid para acordar algo concreto y definitivo ante la pasividad del Gobierno después del 18 de diciembre, algunos diarios, genuinos representantes de la burguesía, mojaron sus plumas vendidas y prostitutas en el virus del egoísmo capitalista cuyos abusos han creado el malestar general del proletariado, y, llenos de pavor, aconsejaron al Gobierno la represión extrema con la negativa rotunda a los clamores populares, y llegando, como *A B C*, de Madrid, hasta a excitar a los burgueses al crimen, diciéndoles que atacasen a «tiro limpio» a los trabajadores, si la protesta obrera llegara a efectuarse.

Y de esa «excitación a la sedición» no hizo caso el Gobierno. Pero en cambio, se apresuró a detener y encarcelar a los compañeros delegados acusados de excitación a la sedición, a la rebelión y a la alteración de la «normalidad» de España, normalidad que el mismo Gobierno alteró *algo* y *superficialmente* al suspender las garantías constitucionales en toda la nación.

Esta ha sido la solución más eficaz que el Gobierno español ha hallado hasta ahora para remediar el absurdo malestar que pesa sobre la clase trabajadora...

⁂

Leemos que en diversas localidades de España, comisiones de obreros se han dirigido a los gobernadores de las respectivas provincias exponiendo la apurada situación en que se encuentran los trabajadores, temiéndose ocurran desórdenes.

Pero no; no tendrán necesidad de *desorganizarse* los obreros de los pueblos de referencia, porque el Gobierno, previsor, ha empezado a evitar, en estos casos, mandando al pueblo de Artana (Castellón), 1000 reales para auxiliar la crisis de trabajo, repartiendo dicha cantidad entre los artanenses hambrientos, sin duda para que se *arten* sin necesidad de la *h* supérflua.

¡No todas las medidas previsoras del Gobierno se han de concretar autorizando la subida de los precios de las subsistencias y suspendiendo los derechos individuales y colectivos, qué caramba!

⁂

Dos de las razones más convincentes del Gobierno para demostrar lo injustificado de la protesta obrera contra la injustificada carestía de las subsistencias son, primera, que en eso de la vida *cara* peor están en otras naciones, y, segunda, que el último empréstito se ha cubierto varias veces con una barbaridad de millones de pesetas, lo que prueba que hay dinero en abundancia.

Claro que el Gobierno no ha dicho que en lo referente a la *baratura* de los jornales estamos peor que en China, y que los españoles que han prestado a buen interés son precisamente los que encarecen los productos robando y matando de hambre a los productores; pero, por lo demás, ¡peor están en Bombay, que caray!

⁂

Hablando el jefe del Gobierno de la dimisión del señor Paraíso de la presidencia de la fracasada Junta de subsistencias, ha dicho que «el ilustre patricio aragonés» es insustituible en aquel cargo.

Y ha añadido: «A tal punto tengo arraigada esta convicción, que o continúa Paraíso en su puesto o no habrá Junta de subsistencias.»

Pero Romanones ha dicho también: «Si la Junta de subsistencias sigue actuando con el señor Paraíso, llenará la misión para que fué creada, y si desaparece, *no por eso dejarán de sentirse los efectos que la misma estaba llamada a cumplir*.»

Y aquí cabe preguntar:

Si la Junta de subsistencias no era de imprescindible necesidad y sin ella puede el Gobierno hacer sentir *los mismos* efectos, ¿por qué entonces creó el Gobierno la referida Junta poniendo a su frente al señor Paraíso?

Indudablemente para demostrar al mundo que referente a las subsistencias estábamos los españoles en un *paraíso* y cuya comprobación se ha efectuado ahora suspendiendo las garantías constitucionales, precisamente cuando el pueblo iba a exteriorizar su *contento*...

⁂

El gobernador de Barcelona señor Moróte no puede negar que, en *filosofía*, es de la propia escuela romanonesca.

Hablando del precio y calidad del pan en Barcelona ha dicho que aquí se puede comer pan a 50 céntimos kilo, pues se fabrican panes de tres kilos a 1'50 pesetas.

Efectivamente, este pan costaba antes 40 céntimos kilo; diferencia por pieza, 30 céntimos más caro. Esta es la *baratura* que nos ha descubierto el señor Morote.

También ha dicho que este pan, que el público rechaza, «es el mejor y el más nutritivo, y si la gente se persuadiera de esto, se alimentaría mejor y gastaría menos.»

Pero el señor Morote no sabe de este pan seguramente, porque para ello se necesitan unas tragaderas tan callosas como las manos de los trabajadores que lo producen.

¡Pobre señor Morote! ¡Verse obligado por causa de su delicada laringe a no poder comer de este pan inferior, comiéndolo de primera clase, gastando más para alimentarse menos!

Pero, consuélese de su *desgracia* el señor gobernador; son muchos los que no pueden comer este pan de tres kilos; unos por su delicado paladar y otros por no poder comprarlo...

Wilson, compositor

El presidente Wilson, si fuese compositor de música, sería tan eminente como lo es desde su alto cargo como compositor de mensajes.

Así como los grandes músicos en sus partituras no se circunscriben a un solo sentimiento o asunto y su música es alegre, triste, religiosa o bélica, según lo requiere la obra, así Wilson, en sus partituras-mensajes, es pacifista o bélico según las circunstancias, tiempos o escenas que van sucediéndose en esta *ópera* llamada «Guerra europea» y en cuya producción ha colaborado con *materiales* hasta ahora, y determinándose a hacerlo con *personal*, desde ahora hasta el fin de su representación.

En sus dos últimos mensajes al Parlamento yanqui, Wilson ha demostrado tener tantas aptitudes para componer notas pacifistas como guerreras. En su mensaje de primeros de marzo se demostró pacifista a su manera diciendo que «la fuerza militar de un país sólo debe servir para mantener la paz interna y no para acciones bélicas en el exterior», y en el mensaje de primeros de abril se manifiesta guerrerista vehemente, pidiendo la guerra contra Alemania, llevando así la acción bélica al exterior y comprometiendo la «paz interior» del país, es decir, la paz burguesa de los explotadores del proletariado, pues éste jamás en ningún país puede estar en paz con sus propios tiranos.

Pero una nota graciosa, que todo el mundo ha notado, se *desprende* del mensaje bélico del presidente de la República yanki, y es que pide la guerra «contra el Gobierno de Alemania, no contra el pueblo alemán».

No estaría mal eso... Pero para ello sería necesario que el Gobierno yanqui fuera *él solo* a la guerra, no mandando a ella a *su* pueblo, y que, haciendo lo propio el Gobierno alemán y los demás gobiernos de los Estados en guerra, sustituyeran a *sus* pueblos en el campo de batalla.

Entonces, verdaderamente los gobiernos declararían la guerra a los gobiernos y no a los pueblos... ¡Hermoso espectáculo! Los emperadores, reyes, príncipes y presidentes, con toda su cohorte de gobernantes batiéndose personalmente en dos grupos, hiriéndose, matándose, destrozándose.

Pero este resultado no se dará mientras los gobiernos se declaren la guerra...

(Cinco líneas censuradas).

Un valiente cobarde

El *guerrero* Angel Samblancat ha cometido una heroicidad más, que supera a aquella del *héroe* catalanista que escribió *Era castellana*.

Samblancat, en su furor bélico, las ha emprendido, desde *La Campana de Gracia*, contra las madres, contra «las mujeres sin entrañas que nos han parido» a los españoles, incluso su madre, si la tiene, porque éstas no han inducido a sus hijos a que vayan a la guerra.

En su *valiente* artículo dice que besaría con más respeto los pies a las prostitutas francesas e inglesas *(cochons!)* que la frente de las mujeres españolas.

¿Habéis observado alguna vez la actitud airada de las gallinas oponiéndose a picotazos a que les sean arrebatados sus polluelos? Con ello demuestran una valentía tan grande como la cobardía de Samblancat al insultar a las madres contrarias a la guerra.

⁂

Además, Samblancat, partidario *enragé* de la guerra, no va a ella...

¿Se quiere mayor cobardía?

Decididamente las gallinas de referencia son más valientes que Samblancat.

MONTEGUALDO

El Tapete verde

Junto a la mesa de juego, observa con ojos febriles el desfile de naipes que va sacando el *banquero*. En su mirada hay fulgores diabólicos. Late su corazón con vehemencia y lanza la sangre a las arterias con violencia insultada. Sin pestañear, rígido, con la palidez marmórea de una estatua, tiene las pupilas fijas en las manos del *groupier*. Absorto y ausente por completo del mundo, toda su atención la concreta en el naipe a que ha jugado, y, como el sonámbulo, hace esfuerzos mentales para *adivinar* la que ha de *venir*.

El jugador es peor que el morfinano, es el epiléptico intermitente. Si le echan su carta, una emoción terrible sacude su cuerpo, y al extender su mano para cobrar su puesta, la codicia centellea en sus ojos y el vértigo de sumas fabulosas se apodera de él, llegando al *delirium tremens* y todos los apetitos groseros se atropellan en su mente, en carrera loca y desordenada, llegando a la concepción de sueños absurdos, que toman cuerpo y realidad en su imaginación. Las cosas más insensatas le parecen hacederas y lógicas, y a medida que va ganando, concibe planes de venganzas terribles contra los que él cree sus enemigos, para cuando *sea rico* mediante una colosal ganancia. Sueña despierto con la posesión de codiciadas mujeres, que serán suyas mediante el oro. Se promete asimismo corromper la ley en su favor, como la corrompieron antes contra él. El piensa en hacer los jueces venales y prevaricadores, porque *tendrá dinero* para todo. En fin, su cabeza es un caos horrible de disparatadas ideas.

Si le tiran la contraria y pierde, a cada nueva puesta que el *banquero* le coge, él se tira un pellizco en el lado izquierdo y quisiera sacarse por allí el corazón. Contrae los músculos con violencia, aprieta los labios hasta saltar la sangre, y sus nervios vibran como las cuerdas de un arpa, heridas por un garfio de hierro. A cada nueva cantidad que pone sobre una carta, con mano temblorosa, siente un martillazo horrible sobre las sienes, y con los ojos encendidos, como dos carbunclos, mira fijamente los naipes, en tanto hunde con disimulo su diestra en el bolsillo y acaricia siniestramente la culata de un revólver, que será el que diga la última palabra cuando haya perdido su última peseta.

Una nube roja, con borbotones de sangre humeante, se cierne sobre su cabeza, mientras que una risa forzada e infernal se dibuja en sus labios como la mueca de un torturado de aquellos que nos describe el Dante en su «Divina Comedia».

La epilepsia, la apoplegía, la locura, el suicidio, el robo, el crimen. He aquí el epílogo triste, horrible, del *tapete verde*, sin que jamás los que dicen que tienen el deber de velar por la sociedad traten de cauterizar esa llaga tremenda de la misma.

Bien es verdad que si lo hicieran, se acabaría una de las fuentes de ingresos que tienen muchos señores que son baldos de credenciales.

JOSÉ ARRANZ

¡Obreros albañiles y similares de España!

Por dignidad y solidaridad a los huelguistas de la Pobla de Lillet

BOICOT

al cemento Asland

ANARQUISMO Y SINDICALISMO

La actitud que debemos adoptar frente al movimiento sindicalista es una de las cuestiones de más importancia para los anarquistas.

A pesar de las discusiones entabladas sobre este asunto, todavía no se ha llegado a un acuerdo; quizás las diferentes condiciones y las circunstancias cambiantes de la lucha impidan una solución completa y permanente.

Nosotros deseamos la elevación moral y material de todos los hombres; nosotros queremos realizar una revolución que de a todo el mundo la libertad y el bienestar. Y nosotros estamos convencidos de que esto no se logra por leyes y decretos, sino por la voluntad consciente y la acción directa de los que la desean.

Para esto necesitamos, pues, de la cooperación consciente y voluntaria de los que, víctimas de la presente organización social, tienen más interés en la revolución.

No nos basta —aunque esto es útil y necesario— con elaborar un ideal tan perfecto como sea posible y con formar grupos para la propaganda y la acción revolucionaria. Debemos hacer anarquista a la gran masa de los trabajadores, porque sin ella ni podemos derribar a la sociedad actual ni construir una nueva. Y para que la masa trabajadora salga del estado de sumisión en que se encuentra y llegue a comprender la concepción anarquista, es necesaria una evolución que no se opera únicamente bajo la influencia de la propaganda, toda vez que los ejemplos que de la vida cotidiana se derivan, son mucho más eficaces que todos los discursos doctrinarios. Por esto precisamente debemos tomar una parte activa en la vida de las masas y emplear todos los medios que las circunstancias nos permitan para despertar gradualmente el espíritu de rebelión y para mostrar a la masa, con la ayuda de estos hechos, el camino que haya de conducirla a su emancipación.

Es evidente que uno de los mejores medios es el movimiento sindical, al que no debemos desatender. En este movimiento existen numerosos obreros que luchan por lograr el mejoramiento de su situación.

A nuestro parecer, estos obreros se engañan en cuanto al objeto que persiguen y más aun respecto a los medios que ponen en práctica para alcanzarlo; pero, por lo menos, estos obreros no se resignan a ser oprimidos, sino que, no mirando como justa la opresión, se lanzan a la lucha.

En estos obreros podemos despertar más fácilmente este sentimiento de solidaridad hacia los camaradas explotados y de odio hacia la explotación, que acarrerará necesariamente la lucha definitiva para la abolición del dominio de un hombre por otro. Podemos hacer que estos obreros exijan cada vez más de sus patronos, y arrastrándolos a la lucha de esta forma, aprovecharemos las victorias para exaltar su entusiasmo hacia la unión y la acción directa, como también aprovecharemos las derrotas para demostrarles la necesidad de emplear medios más enérgicos y soluciones más radicales.

Por otra parte —y esto no es más que una pequeña ventaja—, el movimiento sindical puede dar motivo a la fundación de aquellos grupos de obreros profesionales que, durante la revolución, se encarguen de organizar la producción y el cambio fuera de los auspicios de todo poder gubernamental.

⁂

Pero, a pesar de todo, el movimiento sindical tiene también sus defectos y peligros, cosas ambas que deben tenerse en cuenta al examinar la posición que debemos adoptar en dicho movimiento como anarquistas. La experiencia nos ha demostrado que el movimiento sindical, que comienza siempre como un movimiento de protesta y de rebeldía y animado de un gran espíritu de progreso y de fraternidad humana, tiende bien pronto a la degeneración. Una vez que este movimiento se hace fuerte, se transforma en egoísta y conservador, atento tan sólo a la consecución de los intereses inmediatos y amparador de una burocracia que, desarrollándose en su seno, no se ocupa más que de fortificarse y agrandarse. Este estado de cosas es quizás el que ha inducido a muchos camaradas a retirarse del movimiento sindical y a combatirle por reaccionario y perjudicial.

He aquí por qué nuestra influencia entre los obreros ha disminuido, pues el campo ha sido dejado a merced de los que deseando explotar el movimiento con un interés personal o de partido, no tienen nada de común con la causa de la emancipación obrera. Por eso no se encontraban por todas partes más que asociaciones esencialmente conservadoras, o sindicatos que, bajo la influencia de los políticos que solían llamarse «socialistas», eran únicamente máquinas electorales que servían para llevar al poder a ciertos individuos.

Felizmente, otros camaradas pensaban que el movimiento sindical tenía siempre un principio sano, y que, antes de que fuese acaparado por los políticos, era necesario emprender la tarea de volver estas asociaciones a su primitivo estado y sacar de ellas las ventajas que ofrecen a la causa anarquista; y estos camaradas han logrado iniciar un nuevo movimiento que, bajo el título de «sindicalismo revolucionario», trata de organizar los obreros independientemente de toda influencia burguesa o política y a fin de conquistar por la acción directa la emancipación de la clase trabajadora.

Esto es evidentemente un gran paso hacia adelante; pero no debemos exagerar su importancia e imaginarnos, como algunos camaradas, que la implantación de la anarquía puede conseguirse con al desarrollo progresivo del sindicalismo.

Cada institución tiene una tendencia para extender sus funciones, para perpetuarse y para lograr su objeto. No es, pues, sorprendente, que los iniciadores de este movimiento, los que en él desempeñan el papel más importante, se hayan habituado poco a poco a mirar el sindicalismo como el equivalente del anarquismo, o, por lo menos, como el único medio de implantar la anarquía. Por esta razón es aún más necesario definir nuestra posición y conjurar dicho peligro.

El sindicalismo, a pesar de todas las declaraciones de sus más ardientes partidarios, contiene en sí, por la naturaleza misma de su constitución, todos los elementos de degeneración que han corrompido los movimientos obreros en los tiempos pasados. En efecto, siendo un movimiento que se propone defender los actuales intereses de los trabajadores, debe necesariamente adaptarse a las condiciones de vida actual.

Ahora bien: si los intereses de un oficio cualquiera coinciden con los intereses de la clase obrera, el sindicalismo es una buena escuela de solidaridad; si los intereses de los obreros de un país son idénticos a los intereses de otro, el sindicalismo es un magnífico medio de desarrollar la fraternidad humana; si los intereses del momento no se hallan en contradicción con los del porvenir, el sindicalismo es una buena preparación de la revolución. Pero no siempre es así.

La armonía de los intereses, la solidaridad entre todos los hombres, es el ideal por que suspiramos y luchamos, ideal que no encontramos ni entre los hombres de una misma clase ni entre los otros de clases diferentes. Hoy lo natural es el antagonismo y la independencia de los intereses al mismo lleno: la lucha de uno contra todos y de todos contra uno. Y no puede ser otra cosa en una sociedad en que, a consecuencia del sistema capitalista de producción (producción fundada sobre el monopolio de los medios de producción y organizada internacionalmente en provecho de unos cuantos individuos), hay más brazos que trabajo disponible y más bocas que pan para llenarlas.

En esta textura es imposible aislarse, bien como clase o como nación, pues la condición de cada uno depende más o menos directamente de las condiciones generales de la humanidad. Imposible es también vivir en paz, ya que es necesario defenderse y aun atacar algunas veces.

Cada uno busca la manera de asegurarse un empleo, y, como consecuencia de ello, se encuentra en antagonismo con los sin trabajo del mismo país y con los emigrantes de otros países. Cada uno desea obtener el primer lugar, en perjuicio siempre de los otros obreros de la misma industria. Y, finalmente, cada uno procura vender caro y comprar barato, origen de la lucha eterna entre productores y consumidores.

Unión, cordialidad, lucha solidaria contra el explotador, son cosas que no pueden obtenerse mientras que los obreros, animados por la concepción de un ideal superior, no aprendan a sacrificar sus intereses personales a los comunes y los intereses del momento a los del porvenir.

Y este ideal de una sociedad de solidaridad, de justicia y de fraternidad no puede realizarse más que por la destrucción, fuera de las vías legales, de las instituciones existentes. Ofrecer a los obreros este ideal, colocar los intereses del porvenir antes que los del presente, hacer imposible la adaptación a las condiciones actuales, trabajar siempre en pro de la propaganda y de la acción: he aquí la obra de los anarquistas dentro y fuera de los sindicatos.

El sindicalismo no puede hacer esto. El sindicalismo no puede traspasar los límites de la legalidad, y aun en algunos momentos, debe tratar con los patronos y la autoridad. El sindicalismo suele ocuparse mucho más de los sindicatos y de algunas secciones de obreros que del interés general y de la masa trabajadora. Verdaderamente, si el sindicalismo no hiciese esto, no tendría razón de existir y perdería su utilidad principal, que es la de educar y habituar a la lucha a las masas rezagadas.

Y si los sindicatos permanecen abiertos a todos aquellos que deseen obtener de sus patronos las mejores condiciones de vida, para nada importan las opiniones que, acerca de la constitución general de la sociedad, mantenga aquél; primero, porque para no asustar a los rezagados, se ve en la necesidad de moderar sus aspiraciones, y segundo, porque mientras el sindicato aumenta numéricamente, los iniciadores del movimiento se confunden con la mayoría, que sólo piensa en los intereses del momento.

⁂

Así se puede ver desarrollarse en los sindicatos la tendencia a asegurarse una situación privilegiada, a crear dificultades para la admisión de nuevos miembros en los sindicatos y de aprendices en las fábricas, como asimismo amontonar fondos, buscar el favor de los poderes públicos y absorberse enteramente en toda clase de cooperativas y mutualidades, viniendo al fin a convertirse en un elemento conservador en la sociedad.

Dicho todo esto, vese claramente que el movimiento sindicalista no puede reemplazar al movimiento anarquista. Puede tan sólo servir como medio de educación y preparación revolucionaria, y eso siempre que sea impulsado por la acción y la crítica anarquista.

Los anarquistas deben abstenerse de identificarse con el movimiento sindicalista; no deben considerar como fin lo que solamente es un medio de propaganda y de acción. Deben permanecer en los sindicatos para impulsarles hacia adelante y procurar hacer de ellos instrumentos de combate para la revolución social. Es necesario trabajar para desarrollar en los sindicatos su influencia educadora, la propaganda de las ideas, las huelgas, el espíritu de proselitismo, el odio a los políticos y autoridades, y la solidaridad hacia toda clase de grupos e individuos que luchen contra los amos.

Los anarquistas en los sindicatos deben combatir todo lo que tienda a hacerles egoístas, pacíficos, conservadores; deben combatir el orgullo profesional, el espíritu de clase, las fuertes cotizaciones, la acumulación de los capitales, los servicios de seguros, la confianza en los buenos oficios del gobierno, las relaciones amistosas con el gobierno y el nombramiento de empleados burócratas a sueldo y permanentes.

En estas condiciones, la participación de los anarquistas en el movimiento sindicalista puede dar buenísimos resultados.

Esta táctica puede ser perjudicial algunas veces para los intereses de unos cuantos grupos, pero jamás para la causa anarquista, es decir, para el interés general de la humanidad. Nosotros procuramos, mientras llega la revolución, arrancar a los gobiernos y patronos la mayor cantidad de bienestar y libertad posible, pero siempre sin comprometer el porvenir por cualquier miserable ventaja momentánea que, las más de las veces, suele ser ilusoria y lograda a costa de otros obreros.

Guardémonos, pues, de nosotros mismos. El hecho de haber abandonado el movimiento obrero ha influido mucho contra la anarquía, pero al menos la ha dejado completamente pura.

El error de confundir el movimiento anarquista con el sindicalista será mucho más grave. Quizá nos suceda lo que a los social demócratas cuando penetraron en la lucha parlamentaria: ganaron en fuerza numérica, pero cada día fueron menos socialistas. Nosotros también seremos más numerosos cada día, pero ¡quién sabe si dejaremos de ser anarquistas!

ENRIQUE MALATESTA

N. de la R.—Reproducimos hoy, por la actualidad que tiene, este artículo del compañero Malatesta, aparecido hace algunos años en *Freedom*, de Londres y que nosotros suscribimos por completo.

Jamás nosotros hemos sido hostiles a la organización sindical obrera. Al contrario, siempre hemos contribuido a orientarla en todas aquellas tácticas que el criterio anarquista ha señalado como más directas y eficaces en los actuales conflictos entre el capital y el trabajo.

Pero enemigos de confusiones anuladoras y de desviaciones retrógradas, también hemos lanzado el grito de alerta cuando hemos notado el peligro, tanto para el anarquismo como para el sindicalismo, consistente en querer amalgamarlos, por parte de algunos sindicalistas que sostienen que «el sindicalismo se basta a sí propio» y también por parte de algunos anarquistas, pretendiendo convertir al sindicalismo en partido anarquista.

En este sentido escribíamos nosotros un artículo que publicamos en el número 294, correspondiente al 15 de marzo del año pasado y que terminaba con estas palabras:

«Y este peligro existe. Hasta ahora, de todas las escuelas socialistas, de todas las interpretaciones sociológicas, sólo el anarquismo se ha salvado por no haberse hallado en él, por parte de los mixtificadores, una brecha donde invadirlo para desnaturalizarlo.

«Procuremos nosotros no invadir el sindicalismo en el sentido de confundirlo con nuestro ideal, pues desnaturalizaríamos a ambos y nos anularíamos como anarquistas.»

Pues bien: esto fué incorrectamente contestado en los primeros números del diario sindicalista *Solidaridad Obrera*, con unos artículos firmados con un pseudónimo y perteneciente al entonces director del diario y hoy redactor del mismo, Manuel Andreu.

Ateneo Anarquista

Al fin se van convenciendo todos los compañeros de Barcelona de la necesidad de llevar a cabo la constitución del Ateneo Anarquista, Centro que será el foco de donde irradie intensamente la propaganda de nuestros ideales.

Así lo demuestra el buen número de socios que se inscriben en las listas y que se han fijado cuotas semanales o mensuales, con las que se va formando la cantidad necesaria para que el Centro responda a las necesidades que hace tiempo se dejan sentir, pues no basta con la labor del mitin, la conferencia y el periódico, sino que precisa un local de reunión que pueda albergar a los anarquistas y facilitar el trato continuo, pues de ello ha de resultar la labor que es preciso realizar en previsión de las sorpresas que el actual conflicto guerrero nos tiene preparadas.

De continuar por este camino, pronto será un hecho la apertura del mismo.

LA COMISIÓN

Literatura rústica

Noche de guerra

Los fulgores postreros que, cual inmensas charcas de sangre, reflejadas sobre el cielo rebajado, descendido, han quedado, fantasmas refractarios, del séquito astral, después de la huida avergonzada del astro-rey, oscilando y difundiendo su semi muerta claridad áurea por el infinito interestelar, agonizan tristemente, cercados por la impenetrable obscuridad nocturnal, sarcófago aéreo e inconmensurable, en cuyas profundidades abismales se inhuman rápidamente.

Y la negra noche, noche novilunar, noche caótica y densa, noche austral de equinoccio, noche apocalíptica y diluviana, se achata sobre el hemisferio, que enlaza, que estrecha entre sus brazos tentaculares de abismos y negruras. Que yuxtapone la superficie terráquea, que la llena hasta en sus anfractuosidades más inviolables; que la besa hasta en los rediveos más íntimos de la tierra maculada, violentada, forzada, por la noche-sátiro y monstruosa, se exhalan quejidos agudos, dolores inexplicables, estertores roncos cuyo concierto lúgubre y espantoso se eleva desde la cima de los montes y desciende hasta las profundidades de los valles. Rasga la mística soledad de la atmósfera, vulnera la sacratísima tranquilidad de los seres, perturba la intangible transición de la Naturaleza en quietismo.

Es que la Naturaleza, magullada, herida, maltrecha, en sus carnes, por la vileza y la perversidad del hombre, uno de sus hijos; padeciendo horriblemente del atentado parricida que el hombre, el hombre-bruto, ha cometido contra ella, no puede soportar el contacto habitual de la noche, cuyos tocamientos suaves o repulsivos la fecundan sin cesar. Y sometiéndose irremisiblemente a esa conexión afín y fecundante, se conduele en un estremecimiento humano, insólito, conmovedor y justo.

El cañón se ha callado, porque la obscuridad de la noche revela, delatora, la madriguera donde su cureña se halla aculada. El crepitar de la fusilería y el «tap-tap» horrendo de la ametralladora han cesado también, porque la misma noche se ha interpuesto entre ellas y su blanco. Los aviones y dirigibles tampoco cruzan los espacios, porque la densidad tenebrosa es inminente peligro para ellos. Los mismos parricidas, aun indemnes, se ocultan en las profundas sinuosidades naturales y artificiales de la tierra, sumidos en penosas postraciones de sobrecogimiento, de impotencia y de pavor a la vez. Inversamente a las rapaces nocturnas, que esperan con ansia y avidez el descenso de la noche, cuyos densos y espesos cortinajes permitirán a su mirada débil y fascinada el dominio vastísimo de los espacios ennegrecidos, donde fluctúa torpe y desorientada la presa, ellos, los hombre-lobos, los que han hecho del mortal pecado de fratricidio una tarea normal y diaria, una necesidad perentoria de la expansibilidad ancestral de bestialidad concentrada, ellos, repito, se sepultan en esa obscuridad que temen, de la que huyen acobardados y pusilánimes, como si trajera consigo visiones fantásticas, infernales, aleteando incansablemente en torno de sus imaginaciones ferozmente sobreexcitadas de brutos anacrónicos. Y cuando reaparezca la diáfana claridad del día naciente, bañando con su luz blanquecina e inmarcesible el espectáculo pavoroso, horripilante, indignamente grande cuyo fondo impregnado de lividez de extrañas, de rigideces humanas, de aniquilamientos esparcidos, de vida mutilada y persecutada, huyendo de ese ambiente viscoso de exterminio; cuando la vivificadora y risueña mirada del nuevo día que despierta se pose sobre ese cuadro mortuorio, donde seres y cosas hormiguean febrilmente aferrados a la vida que se disgrega; donde seres y cosas, unos inertes, rígidos, inmutables; otros, agitándose penosamente, movidos por el sobrenatural esfuerzo de sobrevivir, gimen, se debaten desesperadamente, enlazados, hacinados, confundidos, mezclados en el mismo plano lúgubre y fatídico de ese cuadro purulento de la escena humana, entonces, los buhos diurnos, los bimanos de quijadas velludas y carapacho terroso, volverán a su horrida y macabra tarea, manchando la luz abundanciosa y fluída con reflejos rojizos de nueva sangre vertida, con nuevas formas cadavéricas, con gestos humanos de impotencia, de gracias, de pavor, con cosas destrozadas, desplazadas, desordenadas, formando un inarmónico y estupefactivo batiborrillo, donde los rayos inmensamente prolongados del Sol surgente acudirán en su labor de descomposición química y de calefacción fecundante, sin reparo de la locura humana.

F. BARTHE

Compañeros absueltos

Nos comunica el compañero Francisco Ruíz Caja, desde Torreperogil, haberse efectuado, el día 28 de marzo, en Jaén, la vista del juicio del compañero Enrique Fernández, vengador de su padre, vilmente asesinado por el policía Juan de la Cruz Villar (a) *Piojo Blanco*.

Gran número de trabajadores y camaradas de la capital, Torre del Campo, Canena, Rus y Torreperogil, acudieron a presenciar el juicio, oyendo el razonado informe del eminente abogado señor Barriobero, que se hizo cargo de la defensa, y aguardando con ansiedad el fallo del tribunal.

La prueba fué completamente favorable para nuestro amigo, hasta el punto de retirar el fiscal la acusación. ¡Tan demostrada quedó la justificación del acto cometido por el procesado apuñalando al inspector de policía *Piojo Blanco*, como evidente el crimen cometido cobardemente por este matón autoritario en la persona del padre del procesado!

El compañero Ruíz Caja, en su comunicado, pide hagamos constar la más profunda gratitud en nombre de Enrique Fernández y en el de los demás compañeros de Torreperogil, al señor Barriobero por su tan valioso concurso, como también a todos los compañeros que, con su colaboración solidaria, han contribuido al trunfo de la justicia contra la maldad autoritaria.

Reciba el compañero Enrique Fernández nuestra más efusiva felicitación.

⁂

También han sido absueltos en San Sebastián los compañeros Marcelino Bartolomé y Eleuterio Pérez, en la vista del proceso que se les siguió por un misterioso *descubrimiento* de dinamita hecho por la autoridad durante la huelga de Tolosa.

Estos compañeros fueros defendidos también por Barriobero, que con su habilísimo trabajo logró que los acusados fueran puestos inmediatamente en libertad.

Nuestra enhorabuena.

CRÓNICAS MUNDIALES

DESDE LA HABANA

Continuamos sufriendo la *convulsión*. Sufriéndola nosotros que hemos de pagar enormemente caros los artículos de primera necesidad; que somos forzados a holgar por la paralización de muchos trabajos; que estamos obligados a callar, bajo las medidas especiales que el Gobierno ha tomado.

Fuera de los sucesos relacionados con la contienda armada, nada de particular acaece por ahora... hay un paréntesis de espera en las luchas sociales: ni hacemos ni nos dejarían hacer si lo intentásemos.

Buscaré, pues, el asunto de esta correspondencia fuera de aquí, en los Estados Unidos, donde en estos días vienen ocurriendo sucesos dignos de atención.

El poderoso país se prepara febrilmente para entrar directamente en la carnicería, que es hasta hoy europea. Los negociantes de Wall Street, no se resignan a la disminución de sus pingües negocios, y ante la amenaza de no poder vender tantas armas y municiones como hasta ahora, hinchándose de oro a costa de sangre europea, se preparan a buscar la compensación, injertando las venas del monstruo que asola el viejo continente, con sangre yanki.

Por si acaso, empiezan desde antes que estalle el conflicto, a disponer los estómagos del pueblo norteamericano para las miserias de la terrible cruzada, embolsándose de paso, sobre seguro y como médico que se cura en salud (¿quién sabe las contingencias del mañana?), unos cuantos millones más.

Desde hace algunas semanas los precios de las subsistencias se han elevado de tal manera en todo el territorio de la Unión, que hoy existe allí una verdadera situación de hambre para el pueblo. La libra de patatas, que se vendía hace unos meses a veinte céntimos, se vende hoy a cincuenta; la manteca fresca subió de dos pesetas a tres; el pollo, de ochenta céntimos la libra a peseta y media; el carbón por el doble de su valor corriente. Afortunadamente las gentes de los Estados Unidos han sabido buscar un remedio rápido a estos males; y la cura ha comenzado: en todas las grandes ciudades de los cuarenta y ocho Estados, y sin más iniciativa que la de los Comités populares (digan lo que quieran los gobernantes acerca de influencias germanófilas), las mujeres de los barrios obreros, se han lanzado a la calle en son de protesta; han decretado el boicot contra ciertos productos, y lo mantienen contra toda tentativa por parte de los comerciantes.

En Boston, Filadelfia, Nueva York y algunos otros grandes centros del Este, la protesta ha adquirido durante varios días, caracteres motinescos. Los almacenes de varios comerciantes en aves, algunos mercados y muchos establecimientos al pormenor, han sido saqueados; las madres han sacado violentamente sus hijos de las escuelas públicas, proclamando que los que tienen hambre no pueden estudiar, y más de un comerciante testarudo y alguna cocinera *esquirola*, tienen la cabeza a estas horas, liada con algodón.

Los gobernantes estudian; estudian medios de resolver el problema... Pero después de los motines, los alimentos han bajado más de un cuarenta por ciento, y pocos son los acaparadores que se atreven a anunciar nuevos encarecimientos.

«No queremos arroz; no somos chinos», decían los carteles pegados al pecho de las mujeres que tomaron parte en una de las últimas manifestaciones neoyorkinas... y no fué ésta la mejor contestación que supieron dar a las indicaciones del «Comité de Economías Municipal», acerca de las ventajas para el pueblo de alimentarse con arroz o harina de maíz. En ese mismo día, los periódicos de la Ciudad Gigante, consignaron que «ningún duelo de establecimiento durmió tranquilo, esperando de un momento a otro el ataque de las revoltosas».

Mr. Willson podrá uno de estos días declarar la guerra, pero posible es que tal declaración coincida con la intensificación de esta otra contienda por la existencia, cuyas primeras escaramuzas han probado mal a los ladrones del pueblo.

JORGE GALLART

POR ANDALUCÍA

Impresiones de viaje

En la dulce, en la poética y azulina Andalucía, he pasado, he vivido los días más felices y más bellos de mi vida errabunda...

Málaga; la casi isoterma, hermosa y alegre. Desde la alcazaba se contempla el mar, la costa verdosa y riente, besada con espasmos de enamorado... Si queréis asistir a un espectáculo grandioso, subid a la torre de la Catedral; sentiréis un goce embriagador y os abismaréis en el dolor, al ver